

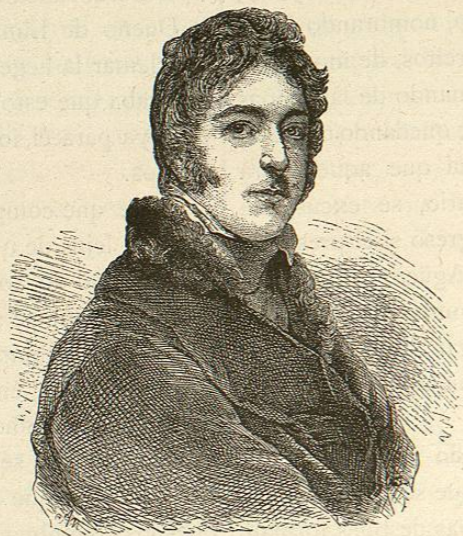
reorganizar el Congreso con los diputados que había en Lima,—19 de Agosto.

Declarado Riva Agüero fuera de la ley, la guerra civil era inminente, pero vino á impedir ésta, la marcha de las operaciones militares.

Santa Cruz que se había presentado en Iquique al frente de cinco mil hombres en Junio, entró en campaña con grande actividad, ocupando á Acira, Tacua, Moquequa, en donde dividió sus fuerzas en dos cuerpos, uno de los cuales franqueó el desagüero y se adelantó hasta Paz en el Alto Perú, mientras Gamarra con el otro avanzó hasta Oruro, ame-

nazando á Potosí sobre la que también debía operar Arenales con sus gauchos.

Sucre ocupó á Arequipa en 30 de Agosto y envió recado á Santa Cruz ofreciéndole su cooperación que éste rechazó seguro del éxito de sus operaciones, pero Santa Cruz se olvidó que el soldado español es el mismo en todas partes, y Valdés á quien Canterac envió á su encuentro, hizo una marcha prodigiosa, pues en cincuenta y siete días franqueó una distancia de trecientas noventa y nueve leguas cayendo sobre Santa Cruz en Zepita rechazándole hasta Pomata.



LORD MELBOURNE

Pero tres días después comparece el virey que venía á juntarse del Cuzco con Valdés y obliga á su vez á Santa Cruz á batirse en retirada hasta Oruro, en donde se le junta Gamarra. Al mismo tiempo Canterac conseguía concentrar todas sus fuerzas, de modo que todo estaba preparado para una batalla definitiva. Pero Santa Cruz recordó entonces las prudentes instrucciones de Riva Agüero y excusó el combate, pero en malísimas condiciones, porque acosado incesantemente por los españoles, su ejército se desbandó por completo como si hubiese sufrido la más espantosa derrota, arrastrando en su fuga á Sucre, lo que llevó el pánico á todos lados, tanto que la guarnición chilena de Arica, fuerte de dos mil quinientos hombres, se volvió á su patria sin que nadie se lo hubiese ordenado.

Tal era el estado de cosas cuando Santa Cruz y Sucre se presentaban fugitivos en el Callao y Bolívar en Lima,—1 de Setiembre.

El Libertador fué acogido como á tal por el pueblo limeño y todos á una, pueblo y congreso, pu-

sieron la suerte del Perú en manos de Bolívar, pues no sólo le confiaron la causa de la independencia, sino la de apaciguar las discordias intestinas que devoraban los partidos políticos.

Bolívar si no podía llegar en mejor ocasión para apoderarse del poder supremo que tanto codiciaba fingiendo el más desinteresado concurso, llegaba empero en circunstancias bien difíciles, porque á las luchas intestinas, á la guerra con tan mal acierto sostenida en el Alto Perú, se juntaba la anarquía en el país, pues falto de un gobierno fuerte, todo el mundo se aprovechaba de las circunstancias, la miseria era extremada, pues el trabajo y el comercio estaban paralizados, y en fin faltaba la seguridad personal, pues el brigandaje se ejercía lo mismo en nombre de los más altos intereses de la patria, es decir contra los que se declaraban sospechosos para poder saquearlos, que en nombre de los más perversos instintos, pues no se respetaba ni la hacienda ni la honra de los ciudadanos.

Poco escrupuloso Bolívar, procuró desde luego

los medios para deshacerse de Riva Agüero, pues como éste podía aún contar con el apoyo del ejército del Norte, no creía el Libertador conveniente provocar una guerra civil al lado de la guerra extranjera.

Abrió, pues, negociaciones con Riva Agüero y como éste enviara á su vez sus comisionados á Lima y uno de éstos fuera su íntimo amigo, Antonio Lafuente, coronel de caballería, Bolívar encontró medio de comprar su amistad y fidelidad por mil onzas de oro, comprometiéndose el miserable Lafuente por dicha suma, cual otro Judas, á entregar al Libertador á Riva Agüero de quien prometió apoderarse

con auxilio de su regimiento. Lafuente cumplió los tratos, de regreso á Trujillo esperó la ocasión favorable y el día 25 de Noviembre aprovechando la ausencia de las demás tropas de la ciudad, se apoderó del presidente y lo entregó sano y salvo al Libertador, aun cuando tenía orden de fusilarle conforme á la voluntad del Congreso y á la orden que al efecto había dado Torre-Tagle y aprobado Bolívar.

Mal sin duda lo hubiera pasado el patriota peruano si no interviene en su favor el almirante Guise, que obtuvo que se le trasladara á Guayaquil en donde se le dió libertad para que pudiera trasla-



SIR JAMES P. KAY SCHUTTLEWORTH

darse á Europa, donde vivió los diez años últimos de su vida, durante cuyo largo tiempo vió desaparecer de la escena política y del mundo á todos sus enemigos.

Una vez se hubo desembarazado Bolívar de Riva Agüero, á quien todo el mundo abandonó, no quedaba en el Perú quien le hiciera sombra, por lo mismo que sombra de lo que fué aquél no era Torre-Tagle, á quien el Congreso acababa de nombrar de nuevo presidente. Torre-Tagle, en quien uno de los más repugnantes vicios estampaba su sello en su físico y en su moral, pues no era hombre capaz de despachar el menor asunto después de comer, el marqués Torre-Tagle, ó el ciudadano Torre-Tagle como se llamaba ahora, no estaba en disposición de poder discutir ni contrariar ninguno de los planes de Bolívar.

Promulgóse el día 13 de Noviembre la Constitución republicana, de la cual se puede decir que no vivió un solo día por lo mismo que se promulgó ya

con la suspensión de los artículos que podían poner cortapisas al Libertador.

Bolívar no se daba con esto por satisfecho. Aunque sombra, Torre-Tagle, lo era en fin del gobierno nacional del Perú, y Bolívar no quería exponerse de ninguna manera á dejar que aquella sombra pudiera tomar cuerpo.

Impotente por de pronto lo mismo para deshacerse del presidente que de los españoles, pues su ejército concentrado en Huaras y Guanico no estaba dispuesto para entrar en campaña, y por otro lado ni Chile ni Colombia se mostraban dispuestas á enviar sus regimientos, Bolívar dejó hacer al tiempo, reemplazó las tropas colombianas que había en el Callao, por un regimiento de negros de Buenos Aires, que se pronunciaron contra él el 5 de Febrero de 1824, pidiendo que se les dieran las pagas atrasadas y que se les enviara de nuevo á su patria.

Quiso imponerse el Libertador á los alborotadores, y éstos, al verse solos y aislados, se dejaron

convencer por los españoles y levantaron de nuevo la bandera de España en el Callao, el día 18 de Febrero.

Cuando se sabe á qué corta distancia está el Callao de Lima, y que Valdés tenía bajo sus órdenes veinte mil hombres, se comprende que el pánico se apoderara de los limeños, subiendo éste de punto al saberse que el regimiento de granaderos montados, que de la guarnición de la capital había sacado Bolívar para que fuera á dominar el tumulto, se pasó á los pronunciados.

Estos contratiempos, cuyo origen debe buscarse en la inacción voluntaria ó forzosa del Libertador, le sirvieron para deshacerse de Torre-Tagle, de quien se principió á decir que estaba vendido á los españoles, y como se consiguiera abrir camino á ese rumor, el Congreso destituyó á Torre-Tagle el día 10 de Febrero, y diez días después la Constitución de Noviembre había dejado de existir y Bolívar era nombrado dictador.

Dicho se está que los españoles no habían de dejar la ocasión que se les presentaba de ocupar á Lima y reocupar el Callao, en donde entró Rodil, — 29 de Febrero, — al frente de tres mil hombres, obedeciendo las órdenes de Canterac, que ocupó á Lima, de donde salió Bolívar para Trujillo, Cuenca y Guayaquil.

Torre-Tagle, ciego de despecho, justificó la acusación de que había sido víctima, volviendo á tomar su puesto entre los españoles, deshaciéndose en invectivas contra el dictador.

Bolívar comprendió bien que era preciso acudir á las armas si quería establecer sólidamente su autoridad, y que sólo el triunfo le podía dar la fuerza que sus enemigos le disputaban.

Autorizado por el Congreso de Bogotá, — 6 de Mayo, — para hacer la guerra y para levantar un ejército de cincuenta mil hombres si necesario fuera, se acantonó en Pativilca, á donde llamó sus mejores soldados, consiguiendo oponer nueve mil hombres á los diez mil que Canterac tenía reunidos en Jauja para vigilarle, mientras Valdés y Olañeta vigilaban el Alto Perú.

Abrío Bolívar las operaciones en Junio, haciendo avanzar al general de caballería Miller, sobre Pasco, que ocupaban los patriotas, siguiéndole luego Sucre cuyo paso de los Andes es una de sus más bellas páginas de su vida militar, estableciendo sus almacenes en las fragosidades de la sierra.

Canterac despreció todos estos movimientos como quien está seguro de vencer al enemigo en cuanto se presente en rasa campaña, pero el enemigo se

había metido ya en el propio campo español, pues Olañeta se había pronunciado en favor del restablecimiento del rey puro, como se había hecho en España, y este pronunciamiento realista delante del enemigo hizo todo el efecto que de él podía este desear. Principió por desunir á los españoles y demostró desde luego á los peruanos que era inútil esperar de España un régimen liberal. Luego, como de momento todas las fuerzas españolas se pusieran en movimiento para sofocar el motín de Olañeta, los enemigos pudieron llegar á Pasco, en donde se concentraron y organizaron para emprender una enérgica campaña.

Sofocado el movimiento absolutista, Canterac marchó á primeros de Agosto sobre Pasco, pero en el camino supo que Bolívar había salido y tomado por la orilla derecha de la laguna de Junin, lo que le obligó á retroceder para que no pudiera el Libertador colocarse sobre sus espaldas.

El día 6 de Agosto topáronse las dos columnas en marcha, y la caballería española, que iba de vanguardia, acuchilló de la manera más completa y cruel la caballería peruana, pero en el ardor del combate se dispersó, mientras Sucre avanzaba y restablecía el combate con dos escuadrones de la reserva peruana. Sin embargo, Bolívar no creyó que debiera empeñarse en una batalla formal y abandonó á Junin retirándose á Reyes.

Canterac emprendió á su vez la retirada sobre Cuzco convencido de que no tenía fuerzas bastantes para detener al dictador, quien salió á campaña de nuevo, — 8-24 de Agosto, — para Huamanga, á fin de oponerse á la marcha de Canterac que en su retirada perdió la mitad de su gente que se le dispersó.

Una vez en Cuzco Canterac se encontró sin Valdés, á quien había llamado, pero Valdés no pudo comparecer porque se había estado hasta entonces batiéndose con dudoso éxito con el absolutista Olañeta. Si en este momento Bolívar hubiese caído sobre Canterac, como le aconsejaban Sucre y Miller, de seguro le hubiera destruido; pero Bolívar creía tener tiempo y se dispuso á tomar sus cuarteles de invierno en donde se proponía esperar los refuerzos de Colombia, pues para Bolívar además era un casi imposible que Valdés y Canterac pudieran reunirse á tiempo para hacerle frente; pero en esto Bolívar tuvo mala memoria, pues si hubiese recordado las grandes marchas que en todos tiempos ha llevado á cabo la infantería española, no se viera ahora sorprendido al saber que Valdés y Canterac se habían reunido el 10-11 de Octubre, con

lo cual su ejército subía ahora á doce ó trece mil hombres.

Bolívar abandonó el ejército á Sucre y éste emprendió desde luego la retirada, persiguiéndole Laserna con tantas ganas de combatir como él de evitar el combate, y así estuvieron maniobrando hasta que no hubo más remedio que batirse.

Era el día 8 de Diciembre y el ejército español ocupaba las alturas de Condorcunqui situadas en el límite oriental de la llanura de Ayacucho. Superior el ejército español al americano, pues casi le doblaba el número, con una buena artillería cuando el enemigo no podía disponer más que de una pieza, el resultado de la batalla no parecía á nadie dudoso, así los americanos se decidieron á vender sus vidas como lo hace el que sabe que solo defendiéndola con la mayor energía puede salvarla.

Trabóse el combate el día 9. Laserna bajó de la montaña, se adelantó con sus tropas contando desde luego con la victoria y fué á estrellarse contra la derecha enemiga mandada por el general Córdoba que había jurado morir sobre el campo de batalla. Así cuando el centro español entró en línea, tuvo que ocuparse exclusivamente en sostener á Laser-

na, que le envolvió en su derrota, haciéndose con esto inútil el triunfo de Valdés que tuvo que retirarse al verse descubierto.

Tal fué esa famosa batalla de Ayacucho que duró sólo algunas horas y en la que se encontró el general español que en otros campos de batalla había de ganar el título de duque de la Victoria.

Lo peor fué, que en esta batalla que duró sólo algunas horas, había caído prisionero el virey, y á Laserna le pareció que lo único que debía preocuparle era salvar su vida y la de sus compañeros de cautiverio, ajustando un tratado por el cual se obligó á evacuar el Perú. Pero este tratado se negaron á cumplirlo Rodil en el Callao y Olañeta en el Alto Perú, aquél por cumplir sus deberes de militar y de patriota, éste con la esperanza de ser nombrado virey. Pero al año siguiente todo había acabado. Rodil no pudo prolongar por más tiempo la resistencia, y Olañeta que se había batido una y otra vez con Sucre, caía mortalmente herido por sus propios soldados que se pasaron á su enemigo.

Sucre, gracias á este triste triunfo, pudo entrar el día 29 de Marzo de 1825 en Potosí, en la capital del Alto Perú.



Brasil: Orden del Cristo

